

«Hasta que una persona no llora de verdad
no se sabe si tiene un alma o no».

Miguel de Unamuno

«Antes de embarcarse en un viaje de venganza,
cave dos tumbas».

Confucio

PRÓLOGO

Viernes, 6 de noviembre de 2018

Hoy hace un año.

Un año desde que alguien golpeó a Zoe y la dejó inconsciente.

Un año desde que ese mismo alguien torturó a Unai Miralles hasta la muerte.

Un año desde que el Cazador se escapó de la cochera donde Marcial lo retenía contra su voluntad.

El Cazador, Francisco Casanova.

El mismo que incrustó una bala en la sesera de Domingo Bernal justo antes de que el empresario cartagenero, presionado por Marcial y Zoe, estuviese a punto de confesar el nombre del verdadero artífice de la trama de blanqueo de capitales que la investigación de la muerte de Sasha había destapado.

Sasha, Viorica Serban.

Su musa, una prostituta rumana con la que Marcial compartía mucho más que cama. Una víctima del egocentrismo de un millonario que no entendió el significado de la palabra «no». Una madre a la que una sociedad hipócrita obligó a desprenderse del fruto de su vientre para no lastrar su existencia. Una mujer cuya muerte mostró a Zoe las dimensiones del verdadero Marcial.

Zoe, Zoe Ochoa.

La agente tímida y diligente que el comisario Lasaosa puso a su lado para investigar el regreso del asesino del café, una agente a la que él fue pervirtiendo con su particular forma de entender la vida. Una agente que, día a día, fue resquebrajando esa pétrea coraza con la que Marcial pasea por el mundo y que protege un corazón al que únicamente Sola, su galga, tiene acceso. La misma agente que descubrió que el verdadero Marcial no dudó en usar a Sasha para chantajear a Miralles.

Miralles, Unai Miralles.

El inspector que siempre supo ponerse al abrigo del árbol que

más sombra daba, el policía con el que Zoe mantuvo una relación que trató de ocultarle a Marcial y que acabó siendo el detonante de su amistad; el mismo cuya muerte a manos de un desconocido convirtió a Zoe en una policía con un único objetivo en la vida: la venganza.

1

Zoe echa un último vistazo al ramo antes de depositarlo sobre la tumba: está satisfecha con el resultado. Hace apenas unos meses, habría sido incapaz de distinguir unos crisantemos de unos claveles o de unos *lilium*. Ahora, en cambio, se permite el lujo de pedirle a la florista las variedades que más le gustan. Incluso sabe el significado al que se asocian los diferentes colores.

Las lágrimas velan sus ojos cuando lee el epitafio. No importa que lo conozca de memoria, el resultado siempre es el mismo. No ha conseguido desprenderse aún del sentimiento de culpa. No haber podido acudir a su entierro tampoco ayuda.

«Debiste sospecharlo cuando dejó de responder tus mensajes», se repite como un mantra desde el día de su muerte. Aún puede oír sus gritos desgarradores huyendo por el pasillo en busca de unos oídos que le prestasen auxilio.

Los suyos no pudieron.

Instintivamente, se lleva la mano a la cabeza, acaricia la zona donde el golpe le ahorró el mal trago de ser testigo de tanto sufrimiento y rememora con una cercanía que todavía le enhiesta los vellos todas las sensaciones de aquella trágica madrugada. Está a punto de salir corriendo, pero no lo hace.

Sabe por qué.

Necesita decirle lo que le ha repetido todos y cada uno de los días que ha ido a visitarlo.

No son pocos.

Ya ni siquiera mira en rededor para cerciorarse de su soledad. Ya no busca esa intimidación. Se acuclilla, agacha el rostro y musita:

—Lo siento. Te doy mi palabra de que encontraré al cabrón que te hizo esto, aunque sea lo último que haga en mi vida.

Deposita un beso en la palma de su mano y acaricia con delicadeza la lápida en la zona donde está grabado su nombre.

Una vez que se ha incorporado es cuando se percata de su pre-

sencia. Todavía está lejos, pero la oronda figura de Lasaosa es difícil de esconder incluso bajo el abrigo de paño sobre el que trata de ocultarla el comisario. Camina a paso lento y Zoe no tarda en comprender que está regalándole unos segundos más de intimidad. La sonrisa que cruzan pone fin a la concesión y el comisario recupera el paso raudo que tanto lo caracteriza.

—Un año ya. ¡Parece mentira! —dice al alcanzar la posición de Zoe.

Ella asiente: no hay mucho que matizar.

—¿Alguna novedad? —pregunta el comisario, dando muestras del verdadero motivo de su visita.

—Ninguna.

—¿Sabes algo de Marcial? ¿Hasta cuándo crees que...?

—Nada, comisario —lo interrumpe.

Miguel Lasaosa la mira con nostalgia. Se recrea en la coleta negra que alcanza la altura de sus hombros y que antes solía liberar de la esclavitud de la goma en su tiempo libre. Ahora, en cambio, desde la muerte de Unai Miralles, las jornadas laborales para ella son de veinticuatro horas. No hay descanso posible, al menos hasta que dé con una pista que la acerque a su objetivo. Después, sin que Zoe sea consciente de ello, el comisario continúa vagando por sus recuerdos, y ese camino lo invita a sumergirse en sus ojos azules: no halla rastro alguno de la agente tímida y precavida que presentó, casi dos años atrás, a Marcial. Representa el vivo ejemplo del peaje que hay que pagar por trabajar a su lado, por hacer frente a una manera de entender la vida que exprime hasta la última gota de humanidad.

Había tratado de ser su Bella y se había convertido en la Bestia.

Mira a su derecha y lee:

«No es la tumba la esperanza inerte donde hallar pudiera el corazón la calma, es el cielo sin dolor ni muerte donde vive en dicha con Jesús el alma».

Mientras, a su izquierda, una balda de hormigón delimita dos

nichos roñosos y desgastados; a su espalda, un pequeño altar mugriento con un Cristo sepultado bajo varias capas de polvo, escoltado por dos pies de cirios de latón gastado, evidencia el abandono del panteón que ha escogido como escondite. Desde su interior puede observarla sin riesgo de delatar su presencia, o al menos eso cree Marcial, que con esa esperanza ha sometido la herrumbrosa cancela del mausoleo.

La ve marcharse acompañada de Lasaosa. Aunque desde su posición lo único que observa es su espalda, ambos parecen hacerlo en silencio o por lo menos sin movimientos gesticulares que acompañen a las palabras. Sus ojos no alcanzan a ver la puerta que da acceso al cementerio, así que mira su reloj y calcula diez minutos: suficiente para que ella se despidiera del comisario y abandone la explanada donde lo espera su Clio.

Una vez transcurrido ese tiempo, deja su escondite y se dirige a la tumba en la que ha visto llorar a Zoe, un gesto que otrora hubiese pasado por normal, pero que ahora resulta llamativo. Nunca supo a ciencia cierta si entre ellos hubo amor o un mero encoñamiento, pero eso ya le da igual a Marcial. Zoe ha decidido que su incredulidad en ese asunto ha sobrepasado toda lógica, y puede que lleve razón.

O no.

Tanto da.

Cuando atraviesa la puerta del cementerio hace más de quince minutos que la perdió de vista. Su coche no está en la explanada. Marcial empieza a deshacer el camino que emprendió a primera hora de la mañana, después de haber atendido a Sola. No vive muy lejos de allí, pero andando es posible que le lleve algo más de veinte minutos regresar a casa. Camina por el arcén, porque en ese primer tramo de calzada no hay acera para hacerlo. Lo acompaña, en esos primeros pasos, la persona que ocupa su cabeza desde hace un año: Francisco Casanova. O lo que es lo mismo: el Cazador. Está tan inmerso en sus pensamientos que no se percata

del vehículo que se acerca por su retaguardia hasta que el sonido del claxon lo alerta. Se gira con la intención de acordarse de alguno de sus progenitores, pero reconoce el coche.

Y a la conductora.

—¿Me espías? —pregunta Zoe después de bajar la luna del acompañante.

—Te vigilo —precisa Marcial.

—No veo la diferencia.

—Pues no seré yo quien te la explique: ya no soy tu jefe. Que lo haga el enano calvo que han traído de Castellón.

—Se llama Salvador Torán y es subinspector, aunque doy por hecho que ya lo sabes. Escucha, Marcial —Zoe hace una pausa que invierte en comprobar si se aproxima un vehículo y en colocar las luces de emergencia—, no necesito una niñera. Ya no —precisa—. Sé cuidar de mí misma.

—Eres un cabo suelto..., como Miralles —pronuncia su nombre con la certeza de que nada bueno se desencadenará a continuación—. Tarde o temprano irán a por ti.

Sorprendentemente, Zoe no ha reaccionado al oír mentar el apellido de Unai. Tan solo ha levantado la vista buscando en el retrovisor el reflejo de la puerta de entrada al camposanto. Cuando la vuelve al frente, tiene la intención de hablar, pero Marcial se le adelanta:

—¿Has descubierto algo?

—Nada. ¿Y tú?

Niega con la cabeza. En realidad, hace meses que ha dejado de buscar. Está cansado de recorrer diferentes caminos para acabar en los mismos callejones sin salida, aburrido de zarandear confidentes, de darles la vuelta con la intención de que se les caiga algo de lo que callan, porque nadie puede desaparecer sin más. No en su ciudad. No en Cartagena. Sabe que más pronto que tarde ha de retomarlos, pero no por ella ni por Miralles, sino por Santi. No puede permitir que unos miserables ensucien su nombre. Por suerte, la muerte de Domingo Bernal, el emprendedor cartagene-

ro que fundó Mariscos Bernal de la nada y la llevó a competir con las grandes sociedades del sector, impidió que aquellas acusaciones que ensuciaban el nombre de su difunto amigo vieran la luz. Confía en que Zoe sea más persistente que él. Dar con el Cazador es el primer paso para alcanzar la cumbre de una cima inexplorada, para conocer quién la ha coronado y ha abanderado desde allí una trama de blanqueo de capitales que de cara a la luz pública ha quedado desmantelada con el asesinato del magnate cartagenero. Únicamente Lasaosa, Zoe y él conocen la identidad del francotirador que atravesó con una bala salida de un rifle de caza la cabeza de Domingo Bernal.

—¿Cómo lo lleva Lasaosa? —pregunta Marcial para romper el silencio.

—Le preocupa no saber nada de ti.

Marcial enarca sus labios en lo que trata de ser una sonrisa irónica.

—No se fía de mí.

—No me extraña.

—¿En serio? ¿De verdad crees que si supiera dónde está el Cazador no os lo diría?

Si en algún momento había olvidado que los silencios son capaces de herir más que las palabras, el de Zoe sirve para recordárselo.

—Dije la verdad. Cuando regresé no estaba, tan solo...

—Solo estaba el cuerpo sin vida de la camarera del Baros —completa Zoe, dando muestras de que recuerda a la perfección la versión de Marcial—, que se encontró la pobre mujer de Fandiño en la cochera cuando el juez Cueto le devolvió las llaves.

—Así es. Esa es la verdad.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros.

Marcial reanuda el camino sin volver la vista atrás. No tarda en comprobar cómo el Clio lo sobrepasa y desaparece tras la primera curva. No quiere retomar una conversación fiscalizada por la desconfianza. Camina durante diez minutos hasta llegar a la Urbani-

zación Mediterráneo; allí decide que ha llegado la hora de acallar al demonio que habita en su interior, ese que despierta cada vez que Zoe saca a relucir que ya no se fía de él. Entra en un bar que no conoce y cuyo nombre ni siquiera se ha molestado en mirar, y pide una cerveza. Mira con devoción a la rubia embotellada. Con ella nunca discute.

Consigue introducir la llave al tercer intento. Durante el lapso transcurrido desde el tintineo hasta la estocada final, Sola lo ha alentado con sus ladridos desde el otro lado de la puerta. Cuando entra, se desprende de las llaves como si fueran un lastre; sin embargo, la danza de bienvenida de la galga le impide acertar en el plato que hay sobre el recibidor y van a parar al suelo. Marcial ni las mira, solo arrastra los pasos hasta el salón. Después de liberarse de la chaqueta de cuero, que tampoco acierta a colocar en el respaldo de la silla, se desploma sobre el sofá de tres plazas, bocabajo. Estira la mano en busca del mando a distancia, no quiere ver nada; necesita que un ruido exterior, a ser posible monocorde, lo distraiga de los pensamientos tan aciagos que lo asedian en ese momento. Ha tratado de disolverlos en cerveza, pero su experimento ha fracasado, así que ahora no queda otra que intentarlo con el manido recurso de la caja tonta. Elige Telecinco (o Telecirco, como le gusta llamarla): siempre lo pone de mala hostia. Y eso es justo lo que le pide el cuerpo. No necesariamente enfadarse con los televidentes de este país por permitir que semejante inmundicia cope los índices de audiencia; le basta cualquier sensación intensa que expulse la amargura de la derrota que carga en la mochila del fracaso. No puede quitarse a Santi de la cabeza.

Ni a Zoe.

Necesita dar con el paradero del Cazador para eliminar el monopolio que está ejerciendo sobre sus pensamientos.

Sola parece comprender por lo que está pasando y, a su manera, que no es otra que introduciendo el hocico a la altura de la barbilla, le hace ver que está a su lado. Marcial le corresponde con una

suave caricia en la cicatriz que surca su cuello y que se encarga de recordarle que el mundo es un lugar donde la especie humana no debería tener cabida. De repente, su pabellón auditivo capta una conversación que lo obliga a mirar a la televisión. Se trata de un chico musculado que, en su afán por parecer más culto, más honrado o simplemente por dar a entender que su tediosa existencia tiene un fin loable, le dice a una chica despampanante, de las que en mitad de la calle provocarían tortícolis grave en el noventa por ciento de la población masculina, que está preparándose las oposiciones para ser policía. Se trata de uno de la más de media docena de pretendientes que han acudido al programa para ayudar a la desafortunada chica a encontrar el «amor», que, por lo visto, le es esquivo en el difícil mundo de la noche donde ejerce de camarera, tal y como le ha confirmado al saco de músculos de ojos azules y cabello de anuncio de champú. Marcial nota que el demonio interior se retuerce de nuevo en su guarida. No hace nada por contenerlo: esta vez tiene que darle la razón. Se incorpora y lanza el mando por los aires, que termina estrellándose contra la televisión. El ruido asusta a Sola, que abandona el salón a toda prisa. Milagrosamente, la pantalla no ha sufrido daño alguno.

Por desgracia, Telecirco sigue emitiendo.

2

Sale del vestuario dándole los últimos estirones a la coleta para tensar bien la goma; después se dirige hacia la mesa sin poder evitar sentirse objeto de todas las miradas de sus compañeros. Zoe sabe que ese interés nada tiene que ver con el hecho de que hoy no haya sido puntual, como de costumbre, sino con una fecha que hay marcada en rojo en el calendario de todos los miembros del departamento de Homicidios de la comisaría de Cartagena. Le habría encantado que la investigación de la muerte de Unai Miralles no hubiese sacado a la luz la relación que con tanto celo se habían preocupado de mantener en secreto, pero tuvo que dar muchas explicaciones, y a demasiadas personas, para que así fuese. De manera que, una vez destapado que el inspector y ella habían compartido cama durante algo más de un mes, fue imposible no convertirse, a todos los efectos, en la desdichada viuda de un policía caído en acto de servicio.

Gira la cabeza de forma inconsciente hacia el despacho de Marcial. Él fue el verdadero motivo por el que trató que lo suyo con Unai no trascendiese. La relación entre ambos inspectores siempre fue tensa, a pesar de que trabajaron codo con codo en un caso del asesino en serie más famoso del país: el asesino del café.

No puede precisar cuánto tiempo lleva absorta en sus miserias cuando la voz del subinspector Torán la rescata:

—¿Todo bien?

—Todo lo bien que cabe esperar, dadas las circunstancias.

—¿Necesitas tomarte el día libre?

La conmisericordia con la que formula la pregunta delata que lo que le interesa a Salvador Torán es su vertiente humana. Ha pasado tanto tiempo a las órdenes de Marcial que ha olvidado que la gente es capaz de preocuparse de los problemas ajenos por mera empatía. Valora la propuesta, pero encerrarse en casa no va a ayudarla a encontrar al Cazador, y esa es ahora su prioridad; también

el motivo por el que un cuerpo a medio corromper y sin signos de violencia que apareció días atrás en un descampado de Los Barreiros no consigue acaparar su atención, al menos la que se estima preceptiva para el esclarecimiento del macabro suceso.

—No, gracias —responde al fin.

—En ese caso, ve preparándote. El hijo, el que estaba de viaje, ha regresado. Nos espera dentro de una hora.

Torán da por finalizada la conversación cuando ella hace un leve asentimiento que ratifica que sabe de quién le habla. Zoe espera a que el subinspector Torán desaparezca de su campo de visión y comienza a trabajar en lo que le interesa de verdad; accede al programa que lleva consultando cada mañana desde que se reincorporó al trabajo a los pocos días de abandonar el hospital. Sus dedos se mueven con soltura sobre el teclado, haciendo que las pantallas se sucedan frente a ella a una velocidad endiablada. Por fin algo de suerte. Un año después de que su vida se pusiera patas arriba, parece que se le abre la posibilidad de empezar a voltearla.

Aprieta el botón de la cisterna y regresa a su despacho. Es el único con cuarto de baño. Nunca imaginó que aquel privilegio se convertiría en algo imprescindible para desarrollar su trabajo con cierta normalidad. Su tripa, desde que aceptó la propuesta de Marcial para investigar en secreto la muerte del inspector Miralles, no ha vuelto a ser la misma. Para alguien como él, con más de treinta años de servicio en el cuerpo, acostumbrado a no abandonar el redil sin permiso, a acatar órdenes sin cuestionarlas, no existe nada peor que convivir con la incertidumbre de que lo que ha labrado con tanto esfuerzo durante toda su carrera pueda irse al garete si alguien descubre que le ha concedido patente de corso al inspector con peor fama de toda la comisaría de Cartagena.

Y, sin embargo, su ojito derecho.

Miguel Lasaosa siempre ha sentido admiración por la personalidad de Marcial. Ve reflejado en él todo lo que le habría gustado tener: valor, tesón, principios, fe en sí mismo. Se ha ocupado de

que en su departamento imperen el orden y el respeto a la cadena de mandos; por ello, siempre se ha rodeado, desde el mismo día en que tomó posesión del cargo, hace ya varios siglos o eso al menos se le antoja, de las personas adecuadas que lo exoneren a él de hacer una labor para la que, lo sabe, no está muy bien dotado. Si ha escalado hasta esa privilegiada posición dentro del Cuerpo Nacional de Policía no ha sido gracias a sus dotes de mando, sino a costa de hacer siempre lo que se espera de él. Exactamente lo contrario de lo que ha hecho Marcial a lo largo de su vida. Sin embargo, y a pesar de esa suerte de amor paterno que ha idealizado, ahora no puede evitar pensar que se equivocó haciéndole aquella concesión, máxime cuando a los pocos meses el inspector le dio la noticia que tanto había temido desde que dio luz verde a su petición: Francisco Casanova se había escapado. Desde aquel momento, sus problemas intestinales se habían acuciado, pero, sin duda, la gota que colmó el vaso de su salud gástrica fue que Marcial le solicitase por el cauce legal, dejándolo a él sin margen de maniobra, una excedencia. Lasaosa no pudo evitar pensar que quizá el inspector quisiese solventar a su manera, y sin testigos, el asunto de la muerte de Miralles.

Agallas no le faltaban.

Fue en ese momento cuando no tuvo más remedio que encomendarse a Zoe para tratar de dar con el paradero del Cazador, saltándose para ello, por primera vez en su vida, una orden directa de un superior en la que se le decía, de forma clara y concisa, que estaba apartado del caso y que serían ellos, desde Madrid, los que se encargarían de la investigación de la muerte del inspector Miralles. Nueve meses habían transcurrido desde entonces y seguían sin una pista que le permitiese al comisario reconciliarse consigo mismo.

De pronto, un retortijón recorre su vientre de norte a sur y Lasaosa deja a un lado todos esos pensamientos para ocuparse de un asunto más perentorio.

—¡Estás demasiado borracho!

—Define *demasiado*.

Nahia se levanta y golpea con suavidad su miembro flácido como respuesta.

—Insiste —dice Marcial mientras empuja su cabeza hacia abajo para arrodillarla de nuevo.

Nahia obedece. No olvida que con él prevalecen los cien euros que deposita en el aparador nada más entrar en casa. Es su manera de marcar la distancia, de recordarle que, ante todo, aquello es una transacción. De nada vale que lleve más de un año frecuentándola, en ocasiones, como estos últimos meses, con demasiada asiduidad; tampoco que haya estado a su lado desde la madrugada en la que el Cazador se convirtió en su horizonte, en el destino de todos sus viajes. Ella sabe que esos dos billetes de cincuenta son una barrera insalvable, así que claudica e introduce su polla en la boca sin rechistar.

Después de varios minutos vuelve a desistir.

—Vamos a dejarlo. Acuéstate un rato si quieres. Hoy no tengo más clientes. Podemos intentarlo más tarde.

Marcial contempla sus ojos anaranjados como si los viese por primera vez. Se pone en pie y despeja el rostro de Nahia colocándole tras las orejas dos mechones rubios. Le desabrocha el sostén y clava la mirada en los enormes pechos que, gracias a la silicona, permanecen erguidos. Los tacones la sitúan en las proximidades del metro ochenta, un poco por debajo de la altura de Marcial, que tan solo tiene que agacharse levemente para saborear uno de sus pezones. Ella arquea la espalda y desplaza la cabeza hacia atrás para facilitarle la maniobra. Acompaña la succión con cadentes apretones de nalgas que no tardan en provocar el efecto deseado. Aún con su miembro en proceso de erección, la voltea con brusquedad y la obliga a apoyar las manos sobre el colchón. Aparta el tanga hacia un lado y la penetra con violencia. Ella gira la cabeza para mirarlo a los ojos: sabe que eso le gusta. Las embestidas van ganando en intensidad a

medida que su erección se hace más consistente. Ella comienza a gemir. No finge. Con él hace tiempo que no necesita hacerlo. Apenas unos minutos después se desencadena la reacción. Las manos de Marcial cercan el cuello de Nahia sin permiso. Sus ojos terregosos pierden el fulgor y delatan que recuerdan lo que viene a continuación.

Ocurrió en su primer encuentro y, aunque desde entonces no se ha vuelto a repetir, Nahia no lo ha olvidado. Alguna vez ha sido el tema de conversación poscoital: sudoroso y vacío le parece más dócil. Él siempre rehúye la respuesta.

Todos esos pensamientos se difuminan conforme aumenta la presión sobre su tráquea. La vía de acceso a sus pulmones es cada vez más exigua. Trata de revolverse, de escapar, pero Marcial la aprisiona con su cuerpo haciendo la penetración más profunda y ocluyendo más aún su garganta. La visión de Nahia comienza a nublarse y siente dificultad para enfocar bien. Cuando parece que va a desvanecerse, siente cómo Marcial descarga la ira en su interior y, de inmediato, las fuerzas abandonan los brazos que la atenazan y le permiten a Nahia insuflar el aire justo para no desmayarse. Boquea un par de veces para recobrar el aliento mientras Marcial sale de ella. Lo maldice con la mirada, pero no dice nada, no verbaliza su ira. Nahia deja la habitación mientras Marcial se limpia con el paquete de toallitas que hay sobre la mesilla y se viste. Antes de salir, lanza otro billete de cincuenta sobre el aparador para acallar su conciencia.